
CONSEJO DE REDACCIÓN

Dr. Luis Baliña, Arq. Alberto Bellucci, Dr. Ludovico Videla, P. Dr. Alberto Espezel, Prof. Rafael Sassot, Prof. Rebeca Obligado, Dr. Carlos Hoevel, Prof. Lucía Piossek Prebisch (Tucumán), Dr. Jorge Saltor (Tucumán), Prof. Julia Alessi de Nicolini (Tucumán), Prof. Cristina Corti Maderna, P. Lucio Florio (La Plata), Francisco Bastitta, Dr. M. France Begué, P. Dr. Jorge Scampini o.p., Dra. Isabel Pincemin, Pbro. Augusto Zampini, Pbro. Andrés Di Ció, Arq. Adolfo Mazzinghi.

COMITÉ DE REDACCIÓN

*Prof. Carola Blaquier, Mons. Eugenio Guasta,
Mons. José Rovai (Córdoba), Prf. Dr. Raúl Valdez
Carlos J. Guyot, Dr. Florian Pitschl (Brixen)*

*Director y editor responsable: Dr. Luis Baliña
Vicedirector: Francisco Bastitta Harriet
Secretaria de redacción: Prof. Cristina Corti Maderna*

COMMUNIO

<i>Luis Baliña</i>	3	Editorial: rol cultural del testimonio
<i>Martín Grassi</i>	9	Hermenéutica y metafísica del testimonio
<i>Francisco Bastitta Harriet</i>	21	Compartir desde la fragilidad: testimonio y fuente de alegría verdadera
<i>Paola Delbosco</i>	27	Ser madre
<i>Adolfo Mazzinghi</i>	31	Johannes Vermeer de Delft: El pintor como testigo
<i>Robert Vorholt</i>	43	Testimonio y martirio
<i>Andrés Di Ció</i>	55	El escándalo: del anti-testimonio al testimonio
<i>Emmanuel Housset</i>	67	Dar testimonio y recibir el testimonio
<i>V. Neckebrouck</i>	79	Testimonio de la palabra y testimonio de la vida
<i>Mariana C. Facciola</i>	91	Reflexiones desde los márgenes
<i>Philippe Richard</i>	95	Bernanos, el sacerdote y la comprensión de la piedad

EL ESCÁNDALO: DEL ANTI-TESTIMONIO AL TESTIMONIO

*Andrés Di Ció**

La realidad del testimonio puede ser ocasión para reflexionar sobre el escándalo¹. Al pensamiento bíblico le gustan los contrastes. Lo vemos de modo especial en san Juan con la contraposición elemental, pero siempre significativa, de luz y tinieblas. Frente a la luminosidad del testimonio, el escándalo aparece como oscuro “misterio de iniquidad” (2 Tes 2,7).

En cuanto anti-testimonio, el escándalo no favorece sino que entorpece. Lejos de ser estímulo, es obstáculo. La etimología de *skándalon* (en griego) nos dice que originalmente se trataba del cepo rebatible de una trampa. Por extensión significó la trampa misma, la ocasión de caer. De ahí se pasó a la “piedra de tropiezo” que sorprende al caminante distraído. Sin embargo, la Biblia no sólo habla del escándalo como misterio oscuro, sino también como misterio de luz.

El escándalo oscuro.

El aspecto negativo del escándalo tiene mucho que ver con la tentación, con la posibilidad de apartarse del camino de Dios. “Si al-

* Sacerdote, Buenos Aires, Licenciado en Teología, miembro del consejo de Communio.

¹ Esta intuición la debo al Dr. Luis M. Baliña.

guien escandaliza a uno de estos pequeños que creen en mí, sería preferible para él que le ataran al cuello una piedra de moler y lo hundieran en el fondo del mar. ¡Ay del mundo a causa de los escándalos! Es inevitable que existan pero ¡ay de aquel que los causa!” (Mt 18,6-7).

|| Esta enseñanza de Jesús sobre el escándalo se da en el marco de un discurso que vela por la comunidad. No una comunidad ideal sino una muy concreta e imperfecta. Allí se habla de la oveja perdida, la corrección fraterna, la importancia de la oración común y el perdón de las ofensas. Jesús tiene clara conciencia del pecado de los hombres y quiere que nosotros también la tengamos.

El escándalo se nombra con motivo de los pequeños (*mi-kroon*). Jesús tiene delante un niño y hace de él un signo². Ese niño, todo niño, es otro Cristo. “El que recibe a uno de estos pequeños en mi Nombre, me recibe a mí mismo” (Mt 18,5). En él, Jesús encuentra a un semejante, un compañero de juegos que habla su mismo idioma y con quien puede estar a gusto. El niño sintetiza el evangelio por la humilde sencillez con que sabe aceptar el don. Pero en este contexto significa algo más. Jesús quiere proteger a los pequeños del escándalo por el misterio de la inocencia que los envuelve.

“Creemos que los niños no saben nada./ Y que los padres y los adultos saben algo./ Pues yo os digo que es al contrario./ (Siempre es lo contrario)// Son los padres, los adultos, los que no saben nada./ Y los niños los que lo saben/ Todo// Pues saben la inocencia primera./ Que lo es todo”³.

Los escándalos existen y, a juzgar por la advertencia de Jesús, son algo muy grave⁴. Forman parte de la vida, es impensable que no los haya. Pero esa cuota de realismo no le impide a Jesús sentirse afectado por lo que estos hechos significan. En la Biblia, la interjección “ay” remite a un género literario específico; el de la

² Mt 18,2-3: “Jesús llamó a un niño, lo puso en medio de ellos y dijo: «Les aseguro que si ustedes no cambian o no se hacen como niños, no entrarán en el Reino de los Cielos»”.

³ CH. PÉGUY, *El misterio de los santos inocentes*, Madrid, Encuentro, 1993, 136-137.

⁴ Cf. Mt. 18,6.

malaventuranza profética que también puede ser lamentación fúnebre. No se trata de una queja sino de un desahogo. Jesús abre su intimidad y deja ver sus sentimientos de hombre⁵. Se duele más por los demás que por sí mismo. Su reacción es la de la compasión, no sólo hacia los pequeños vulnerados sino también hacia aquellos que provocan los escándalos.

Lo digo nuevamente: los escándalos son cosa seria. No tienen nada que ver con las afectadas reacciones de la pacatería; ésas son sus caricaturas. Un escándalo es algo así como una zancadilla que hace trastabillar y que puede derivar en caída (léase pecado). Para acercarnos mejor a esta realidad conviene tener presente que el escándalo se da en el encuentro de dos libertades: el que escandaliza y el escandalizado. Por eso muchas veces, el escándalo lo constituye no tanto la falta puntual como la desatención al contexto.

Precisamente unas líneas antes del pasaje de Mateo ya citado, Jesús toma una decisión pensando en aquellos que lo observan. Ante la consulta por el pago de impuestos para el templo, Jesús resalta su condición de Hijo. En cuanto Hijo no debería pagar nada porque el templo es la casa de Dios y, por ende, también su casa. “Sin embargo, *para no escandalizar a esta gente*” (Mt 17,27), manda a Pedro que pague por ambos el impuesto exigido.

Un criterio semejante usa san Pablo al aconsejar a los cristianos que asistían a comidas en las que se les ofrecía carne inmolada a los ídolos. El apóstol, como gran predicador de la libertad en Cristo, sabe que los alimentos no hacen a la pureza evangélica.

“Sin embargo, no todos tienen este conocimiento. Algunos, habituados hasta hace poco a la idolatría, comen la carne sacrificada a los ídolos como si fuera sagrada, y su conciencia, que es débil, queda manchada. Ciertamente, no es un alimento lo que no acerca a Dios: ni por dejar de comer somos menos, ni por comer somos más. Pero tengan cuidado que el uso de esta libertad no sea ocasión de caída para el débil. Si alguien te ve a ti, que

⁵ “Trabajó con manos de hombre, pensó con inteligencia de hombre, actuó con voluntad de hombre, amó con corazón de hombre”, *Gaudium et spes* 22.

sabes cómo se debe obrar, sentado a la mesa en un templo pagano, ¿no se sentirá autorizado, a causa de la debilidad de su conciencia, a comer lo que ha sido sacrificado a los ídolos? Y así, tú, que tienes el debido conocimiento, haces perecer al débil, ¡ese hermano por el que murió Cristo! Pecando de esa manera contra sus hermanos e hiriendo su conciencia, que es débil, ustedes pecan contra Cristo. Por lo tanto, si un alimento es ocasión de escándalo para mi hermano, nunca probaré carne, a fin de evitar su escándalo” (1 Co 8,7-13).

Aquí Pablo discierne según la lógica del genuino amor. No se ampara en su legítima libertad de conciencia sino que reconoce al otro en su situación y obra en consecuencia. En el evangelio, “prójimo” es quien ve al hermano y obra la misericordia (Lc 10,29-37). Ser cristiano es acercarse al otro, aproximarse, renunciar a lo propio por delicadeza hacia los demás⁶. En este caso, Pablo evita el escándalo, no para preservar la inocencia sino para respetar la progresión en la fe. Volviendo a la enseñanza de Cristo diríamos que Pablo tiene en mente a los que son niños en razón del estado inicial de su fe. Frente a esa inmadurez no cabe responder con aire de suficiencia, sino con la exquisita caridad que sabe de la paciente pedagogía del Padre.

Pablo sabe que “el hombre espiritual lo juzga todo; y a él nadie puede juzgarlo” (1 Co 2,15). Esta conciencia de libertad soberana no le impide, quizás por su propia historia personal, sopesar y respetar los distintos procesos. Por eso enseguida agrega: “Yo, hermanos, no pude hablarles como a hombres espirituales, sino como a carnales, como a niños en Cristo. Les di a beber leche y no alimento sólido, pues todavía no lo podían soportar. Ni siquiera ahora lo soportan” (1 Co 3,1-2).

Recapitulando lo dicho encontramos que el escándalo es un pecado que lastima a terceros, situándolos en una zona de peligro, en ocasión de pecado.⁷ Lo propio de esa lastimadura es que vulnera un cierto estado de infancia espiritual, entendida como inocencia o como inmadurez. En este último caso, el escándalo puede darse incluso me-

⁶ “No codició el ser igual a Dios sino que se despojó de sí mismo” (Flp 2,6b-7a).

⁷ También podría hablarse del escándalo para consigo: Mt 5,27-30.

diante una acción no pecaminosa que, al menos por el momento, el escandalizado no está en condiciones de asumir. Esto nos lleva a estar más atentos al contexto en que nos movemos, no para perder libertad sino para potenciarla. Porque el verdaderamente libre es el que sabe amar. Por otra parte, contemplando a Jesús, advertimos que los escándalos no pueden sernos indiferentes. Hay que saber sufrir-con los escandalizados y, lo que es más difícil –pura gracia–, saber sufrir-por los que escandalizan. Dice san Pablo con su acostumbrado celo: “¿Quién sufre escándalo sin que yo me abraze?” (2 Co 11,29).

* * *

La inocencia y la inmadurez, que han de ser respetadas, no son privativas de la infancia. Veamos más de cerca el escándalo de los adultos. No me refiero a la gente que se escandaliza por nada. Eso parecería indicar un desconocimiento elemental de lo humano, empezando por las propias debilidades. Pero ¿qué hay de los que nunca se escandalizan? Más aún, ¿qué hay de los que anticipadamente afirman ser inmunes a cualquier escándalo? Se puede, no es tan difícil, tener una idea (y una experiencia) muy clara de lo que el ser humano es capaz –negativamente hablando. La pregunta es si la ganancia de ese realismo y de esa humildad no se ha dado a costa de la inocencia; que nada tiene que ver con la ingenuidad sino con la capacidad de pensar bien de los demás. Más que pensar, se trata de esperar. “El amor todo lo cree, todo lo espera” (1 Co 13,7). } !!

El sabio no se horroriza del mal porque éste forma parte de su horizonte mental. Sin embargo, el sabio no es un descreído, no se anticipa sino que se deja sorprender. En su mirada limpia hay mucho de virginal, está la actitud de un respeto profundo por el otro y su capacidad de superación. El sabio conoce sin maquillajes el mundo del pecado pero también el reino de la gracia y todo aquello hermoso de lo que el hombre es capaz. Entonces, ¿hay lugar para el escándalo? Pienso que en el plano de la abstracción, en el de las noticias que no nos afectan directamente, hay menos lugar para el escándalo. Pero ¿cómo evitar el escándalo cuando uno está comprometido afec-

tivamente? ¿Es que se puede elegir no sentirse escandalizado? El escándalo no es un tropiezo intelectual sino emocional. Desde lo notional, puedo entender que alguien sea capaz de realizar una determinada acción, pero no puedo evitar que eso me lastime. Con ciertas caídas ajenas, pueden caer idealizaciones que no se correspondían con la realidad, pero también puede caer la certeza de que la santidad es posible. Ciertos pecados son escándalo en el sentido que significan una prueba, una tentación, un obstáculo a sortear en el camino de la fe. El escándalo no es la caída sino la ocasión de una posible caída.

Viene a mi mente el ejemplo de Julio César al momento de su muerte. Se dice que inicialmente resistió el ataque de sus homicidas hasta que reconoció a su querido Marco Junio Bruto. En ese momento, se habría entregado rendido más por la traición de su amigo que por la violencia física. *Tu, quoque, Brute?* “¿También tú, Bruto?”⁸. Me pregunto si Julio César no vivió la participación de Bruto como un escándalo, como una piedra inesperada en el camino.

Retornando al evangelio podemos pensar, no tanto en la traición de Judas como en el consejo que Jesús recibe de Pedro. Cuando Jesús se refiere por primera vez a su pasión, Pedro lo lleva aparte y, quizás queriendo consolarlo, le dice que eso no sucederá. La reacción es violenta. “¡Quítate de mi vista, Satanás! Escándalo eres para mí, porque tus pensamientos no son los de Dios sino los de los hombres” (Mt 16,23). Jesús ve más allá. Tras el rostro amigo y las buenas intenciones, agazapado, ronda el enemigo⁹. La invectiva es contra Pedro en cuanto se ha hecho, sin saberlo, instrumento del maligno. La explicación que Jesús ofrece contrapone los pensamientos de Dios y los de los hombres. No es un asunto menor sino lo más decisivo, donde se juega todo; es el enfrentamiento de dos lógicas que atraviesan toda la historia sagrada. Es la vieja imagen de los dos caminos,

⁸ W. SHAKESPEARE, *Julius Caesar*, III,1,78. El hecho lo recoge también J. L. BORGES en el breve cuento “La trama”; *Obras completas 2*, Buenos Aires, Emecé, 2005, 182.

⁹ ¿Habría Pedro tenido en mente esta experiencia cuando escribió su carta? “Estad despiertos, vuestro enemigo, el diablo, como león rugiente, busca a quien devorar” (1 Pe 5,8).

sintetizada paradigmáticamente en el Salmo 1¹⁰. “El tropiezo ocurre siempre en los límites, allí donde lo divino hace irrupción en lo humano”¹¹. Luz y tinieblas coexisten y batallan sin tregua. La dificultad está en que no siempre es fácil distinguirlas. Y allí acontece el escándalo; como lo imprevisto, mezcla de accidente y de golpe artero. Jesús no cae porque él es la luz (Jn 8,12); la luz brilla en las tinieblas y las tinieblas no la vencieron (Jn 1,5)¹².

Las palabras de Pedro que constituyen escándalo pueden inscribirse en lo que se denomina tentación “bajo apariencia de bien” o *sub angelo lucis*: “que el mismo Satanás se disfraza de ángel de luz” (2 Co 5,14)¹³. En este caso, tanto mensaje como mensajero denotan cariño y por eso la propuesta lastima más. Confunde precisamente por su apariencia de luz, apelando a resortes profundos que tocan en lo más íntimo. “El apóstol que era la piedra elegida sobre la que el Señor quiere fundar su Iglesia, ha llegado a ser para Él, el obstáculo puesto en su camino para provocar su caída y que debía rechazar sin piedad, so pena de arruinar su empresa e incumplir su misión”¹⁴.

El escándalo luminoso.

Sin ignorar que el escándalo es ante todo una realidad negativa, la Escritura también sabe usar esa misma palabra-imagen para significar algo positivo. Se trata de una típica paradoja cristiana. Dicho torpemente: así como existe el tropiezo de los buenos ante el mal, también existe el tropiezo de los malos ante el bien. Es un misterio en qué medida el escándalo ante el bien proviene de una cerrazón culpable o no.

¹¹ G. RANDLE, *La ciencia del espíritu*, Buenos Aires, San Benito, 2006, 85.

¹² “Quien ama a su hermano permanece en la luz y no tropieza” (1 Jn 2,10); literalmente: *no hay escándalo en él*.

¹³ Este pensamiento ha sido trabajado por san Ignacio y la tradición jesuita: “propio es del ángel malo, que se forma *sub angelo lucis*, entrar con el ánima devota, y salir consigo” (EE 332; cf. EE 10).

¹⁴ Randle, *La ciencia del espíritu* 85. “Una cosa es ser bueno o meramente inteligente y otra cosa es ser sabio espiritualmente hablando”; *Ibid* 86.

Tampoco es asunto nuestro el juzgarlo. Lo cierto es que el exceso de Dios obliga a la conversión permanente (Mc 1,15). Cristo radicaliza la espiritualidad del éxodo invitándonos a salir una y otra vez de nuestros esquemas para configurarnos con él (Rm 12,2).

San Pablo formuló admirablemente la paradoja de Cristo, asumiendo la tensión creyente y llegando a ser un abanderado del escándalo. “Nosotros predicamos a un Cristo crucificado, escándalo para los judíos y locura para los paganos, pero fuerza y sabiduría de Dios para los que han sido llamados, tanto judíos como griegos” (1 Co 1,23-24). La reivindicación del “Cristo escándalo” no mira tanto el tropiezo de los otros como el misterioso esplendor de la piedra: *fuerza y sabiduría de Dios*¹⁵.

La aplicación del escándalo a la figura de Cristo no es una originalidad paulina. El mismo Jesús habló de sí mismo en estos términos, aunque pensando menos en sí mismo que en aquellos que lo escuchaban. Que precisamente la cruz y la eucaristía sean los puntos en que Jesús se vuelve escándalo no puede en verdad sorprendernos.¹⁶ Finalizando el largo discurso joánico del Pan de Vida, ante el abandono de algunos discípulos y la murmuración de los más cercanos, Jesús les preguntó: “¿Esto los escandaliza?” (Jn 6,61). Más adelante, ante la inminencia de la pasión, camino al monte de los olivos, se repite la escena.

“Todos ustedes se van a escandalizar *de mí* esta noche, porque está escrito: ‘Heriré al pastor y se dispersarán las ovejas del rebaño’. Pero después de mi resurrección iré delante de ustedes a Galilea. Pedro intervino y le dijo: ‘Aunque todos se escandalicen yo no me escandalizaré’. Jesús le dijo: ‘Yo

¹⁵ San Pablo es consciente de que predicando al Cristo escandaloso, él mismo se vuelve escándalo. Sin embargo, ninguna dificultad lo mueve de su convicción. Si Pablo renegara de Cristo por comodidad, “es que se acabó el escándalo de la cruz” (Ga 5,11). Jesús anticipa a los discípulos que serán odiados por el mundo “para que [llegado el momento] no se escandalicen” (Jn 16,1).

¹⁶ Aunque no se use la palabra, hay otras escenas en las que queda claro que Jesús escandalizaba, tanto por su conducta –“murmuraban diciendo: recibe a los pecadores y come con ellos” (Lc 15,2), como por su pretensión de ser “igual a Dios” (Jn 5,18).

El escándalo: del anti-testimonio al testimonio

te aseguro: esta misma noche, antes de que el gallo cante, me habrás negado tres veces'. Pedro le dijo: 'Aunque tenga que morir contigo, yo no te negaré'. Y lo mismo dijeron también todos los discípulos" (Mt 26,30-35).

La tozudez de Pedro llama a la reflexión. Su temperamento apasionado, todavía poco conciente de sus limitaciones, trasluce un asomo de presunción, una cierta incapacidad para aceptar lo que no le gustaría que pasara (y que finalmente pasa). Recordando la escena del primer anuncio de la pasión constatamos que nada cambió: la misma reacción ante la misma idea. El pasaje nos deja una lección clara: no fiarse de sí mismo. "El que se cree firme, cuídese de no caer" (1 Co 10,12). Luego vino el canto del gallo y la amargura del llanto, símbolo de un doble tropiezo. Porque Pedro trastabilla simultáneamente ante la figura de Cristo y ante la propia percepción de sí mismo: *aunque todos... yo no*. Podemos pensar que el diálogo sanador junto al mar de Galilea (Jn 21,15-17) colaboró, y mucho, para que Pedro nos legara una valiosa síntesis. "Para los incrédulos, la piedra que los constructores rechazaron llegó a ser la piedra angular: piedra de tropiezo y roca de escándalo. Ellos tropiezan porque no creen en la Palabra: esa es la suerte que les está reservada" (1 Pe 2,7-8).

Piedra angular *para la elevación* o piedra de tropiezo *para la caída*;¹⁷ no parece haber más alternativas –en el esquema semita no las hay–. Cristo es consciente de ser un escándalo entre los hombres, aunque no se alegra de ello; más bien todo lo contrario. Él quisiera que todos se abrieran a su mensaje de paz (Lc 19,42). Por eso quien lo reconoce como Ungido, es decir, quien no lo siente como obstáculo, merece su bienaventuranza. "¡Feliz aquel para quien yo no sea motivo de escándalo!" (Lc 7,23).

Así como existe el escándalo *a* los inocentes, también existe el escándalo *de* los inocentes. En efecto, Cristo escandaliza por su inocencia. Él es quien no conoce pecado (*agnos*: gr.), el cordero

¹⁷ Ya lo había predicho el anciano Simeón: "Este niño será causa *de caída* y *de elevación* para muchos en Israel" (Lc 2,34).

(*agnus*: lat), el incapaz de hacer daño (in-nocens). Ya el AT describió elocuentemente el misterio del justo que es escándalo para los impíos. “Pongamos trampas al justo que nos fastidia y se opone a nuestras acciones (...) Es un reproche contra nuestras convicciones y su sola aparición nos resulta insoportable” (Sab 2,12-15). El p. Le Guillou tiene unas hermosísimas reflexiones cristológicas en este sentido, pensadas como “una manifestación teológica que refleje algo de la provocación divina *del Inocente*”¹⁸.

“Extraño misterio: el Inocente es a la vez el Deseado de las naciones y el Rechazado (...) Estamos llamados a revivir *el escándalo del Evangelio* (11). En el corazón de nuestro mundo moderno, como un germen insignificante, está elevado. Elevado como una paradoja (17). Él crea la ruptura: pone a los hombres de cara a su verdad, sitúa los problemas en el nivel en que se quiebran todos los conformismos, libera los corazones revelando en ellos profundidades insospechadas. Sí, con todo su ser, con todas sus palabras, con todos sus gestos, el Inocente instituye la ruptura. Su rol es suscitar la libertad, ser la insurrección contra los formalismos cerrados, derribar las murallas de todos los totalitarismos (20). Él suscita la indignación, la incomprensión, el desprecio, él conoció la muerte en la humillación (22). El Inocente irrita a quienes la santidad de Dios no ha sido revelada en el amor (25)”.

Conclusión.

Junto al escándalo como realidad negativa que tira para abajo, está el escándalo como realidad positiva que tira para arriba. En ambos casos salimos de la inercia sacudidos por el golpe de lo que no esperábamos. Hablar del escándalo es por tanto hablar del asombro ante el misterio del hombre, capaz de lo mejor y de lo peor. Nuestro programa sería pasar del escándalo de las tinieblas al escándalo de la luz; del anti-testimonio al testimonio. La Iglesia vive permanentemente esta tensión de santidad y pecado; *corpus permixtum*, decía

¹⁸ M.-J. LE GUILLOU, *Celui qui vient d'ailleurs, L'INNOCENT*, Paris, Cerf, 1998, 12.

san Agustín. En los últimos tiempos nos hemos enterado de hechos muy dolorosos, escándalos en sentido propio. Sin embargo, ¿no se revela en medio de estos tristes escándalos otro escándalo mayor, ple-tórico de luz y de gozo? ¿No es la Iglesia precisamente en su miseria escandalosa, signo del escándalo de la misericordia divina? Concluyo con una reflexión que Benedicto XVI hizo hace ya varias décadas. Ella puede ayudarnos a entender de dónde saca fuerzas el anciano pontífice para cumplir con la pesada tarea que le ha tocado.

“Por eso los contemporáneos de Cristo se escandalizaban sobremanera al ver que a la santidad de Cristo siempre le faltase esa nota judicial: no era fuego que destruía los indignos, ni celo que arrancase la hierba que ellos veían crecer. Por el contrario, su santidad se mostraba en el contacto con los pecadores que se acercaban a él, hasta el punto de que él mismo se convirtió en «pecado», en maldición de la ley en la cruz, en plena comunidad de destino con los perdidos (cf. 2 Cor 5,21; Gal 3,13). Él atrajo los pecadores a sí, los hizo partícipes de sus bienes, y reveló así la verdadera «santidad»: no separación, sino purificación; no juicio, sino amor redentor. ¿No es acaso la Iglesia la continuación de este ingreso de Dios en la miseria humana? ¿No es la continuación de la participación en la misma mesa de Jesús con los pecadores? ¿No es la continuación de su contacto con la necesidad de los pecadores, de modo que hasta parece sucumbir? ¿No se revela, en la santidad *non sancta* de la Iglesia frente a las expectativas humanas de lo puro, la verdadera santidad de Dios, que es amor, amor que se mezcla con la mugre del mundo, para poder así superarla? ¿Puede entonces la santidad de la Iglesia ser otra cosa que un soportarse mutuamente, que nace de que todos somos soportados por Cristo? Confieso que para mí la santidad pecadora de la Iglesia tiene en sí algo consolador. ¿No nos desalentaríamos ante una santidad inmaculada que sólo fuera judicial y abrasadora? ¿Y quién se atrevería a afirmar que él no tiene necesidad de otros que lo soporten, es más, que lo sostengan? Quien vive porque otros lo soportan, ¿cómo podrá negarse a soportar a otros? El único don que puede ofrecer, el único consuelo que le queda ¿no es soportar a otros como él mismo es soportado?”¹⁹.

¹⁹ J. RATZINGER, *Einführung in das Christentum*, München, Kösel, 2000, 324-325 [ed. original: 1968].